

# Entre el dolor y el amor

OFECUM ASOCIACION · LUNES, 28 DE MAYO DE 2018

***Reproducimos a continuación el relato ganador del IX Concurso Literario de Relato Corto “Intergeneracional” Miguel Guirao 2018, que ha sido organizado por OFECUM. Bajo el Lema “Olvido”, Concha Hidalgo Carretero nos adentra en su relato: “Entre el dolor y el amor”.***

Con la lejanía que me dan los años, me doy cuenta que la negativa de mi mente a recordar y aceptar los terribles hechos que me sucedieron en la infancia me ayudó a sobrevivir un tiempo. Hoy por primera vez he podido enfrentarme a los fantasmas de mi pasado para poderles contar ésta historia, que me llena de un profundo dolor y también de un inmenso amor. Vine al mundo por casualidad, nadie me esperaba, mi madre estaba en franca retirada, tenía 52 años. Fui bien recibida, aunque yo oía que los tiempos eran difíciles, la última de siete hermanos, ellos me recibieron como un juguete. A mis padres les di ilusión y juventud, cuándo ya la perdían. Éramos una familia bien avenida, podría decirse que feliz. Mi padre, D. Paco, era maestro rural, con historias, canciones, dibujos, cuentos, conseguía que no olvidáramos, lo que habíamos aprendido. Una noche, un fuerte estruendo nos sacó a todos del sueño, voces ebrias recorrían el patio en dirección a la casa. Mi madre, me cogió en sus brazos, y me dijo; Mira, Martita, ¡despierta, vamos a jugar a escondernos!, yo creo que el mejor escondite es dentro del arca porque así no te encontrarán, te llevarás el premio, pero tiene que parecer que estás dormida. Acepté confiada. En el arca olía a membrillo maduro, olor cálido, familiar, y aunque de fuera me llegaban ruidos desconocidos, poco a poco, me sumergí en el sueño. Todo estaba muy silencioso, abrí los ojos, ¿cuándo me encontrarán?, esperé un poco más, ¡cuánto tardan! Y ¡si no vienen! ¡Que estoy aquí! ¡en el arca! gritaba. Decidí salir, pero ¡el premio será para mí! ¿eh? Abrí la tapa con mis pequeñas manos, me costó un gran esfuerzo que me dejó dolorida.

Mis pies desnudos, se mancharon de algo viscoso, al mirar al suelo los ojos se abrieron hasta salirse de mis órbitas, ¡no comprendía! ¡no entendía nada! Solo mi corazón galopaba como si tuviera un caballo desbocado, dentro de mi pecho, mi madre

semidesnuda, con una gran herida en la cabeza, mi padre, mis hermanos, desparramados por toda la casa.

A pesar de mis cortos años, algo por dentro me decía que tenía que salir de allí, sin hacer ruido, sin que nadie me viera. Descalza, en camión, salí por un boquete, que había en la tapia, no sabía dónde ir, ni qué camino tomar, anduve tambaleante, sin rumbo, mi cabeza seguía, en aquella habitación ¡me faltaba el aire! no sé qué me ocurrió, unos brazos me cogieron, después perdí la conciencia.

Poco a poco abría los ojos, las sombras en la oscuridad se acercaban monstruosas para seguidamente desaparecer, mis manos se aferraban a las sábanas. Estaba en el hospital Sor M. Cruz, se acercó a mí. ¡ya está bien, dormilona! ¿cómo te llamas? No lo sabía. Todo intento por hablar ¡era imposible! ¡estaba muda! Nadie me reclamó, y una vez recuperada, pasé al orfanato. Allí cumplí los diez años, sin que me abandonara el frío interior, y cada noche me faltara el aire...

Una mujer alta pelirroja, poco agraciada, con una sonrisa amplia, franca, de las que conquistan el alma, plasmaba con precisión, en el lienzo, la escalinata del antiguo palacio reconvertido en casa hogar. Marta la miraba, sus ojos devoraban aquellos frascos de cristal llenos de verdes, azules, amarillos, que iba poniendo sobre la mesa, ¡no sabía por qué! Le atraían, se acercaba lentamente, con cierto temor.

¡Acércate! le dijo, Josephine, ¿te gustan? Indicando los tarros, puedes abrirlos, mirarlos, olerlos, pero, no, no lo hice, transcurrieron varios días, hasta que vencí mi resistencia. Entre ambas, se estableció una comunicación, sin palabras que se hacía más profunda con el paso de los días. Sentía que me comprendía, como si fuera transparente. Te voy a hacer un regalo, me dijo; con cuatro trazos en un papel hizo un pequeño boceto, de mi cara, me lo dio envuelto, con una cinta roja, no sabía cómo cogerlo, lo guardé como el tesoro, que nunca tuve, así se despidió de mí.

Josephine, pintora francesa, se marchó a otras ciudades españolas para buscar paisajes nuevos, yo volví al frío, y a faltarme el aire. La echaba de menos, con mi pequeño tesoro en la mano, sabía que volvería. Así fue, habían pasado cinco meses, regresó, conociendo mucho de mi drama, de la masacre de mi familia, de sus autores, conocía todo lo que yo ignoraba. Venía dispuesta a llevarme con ella, si lo deseaba.

En Toulouse, mi vida cambió radicalmente, me introduje, en el mundo de la pintura, los colores, las sombras, buscaba expresar mi vacío, conocerme mejor, buscar respuestas a tantas preguntas sin concretar. En mi pintura, siempre había algo inquietante, una sombra que nadie identificaba. Descubrí la música, Beethoven, Chopin, ¡todo era nuevo para mí! Pero también, comencé mi calvario particular, el camino de la recuperación.

Psiquiatras, terapeutas, logopedas. Tenía que retroceder, para encontrar, todo lo que había perdido, ¡No podía más! Las sesiones de psicoanálisis me destrozaban, una y otra vez, ante los recuerdos me bloqueaba, Josephine, en mis momentos de desesperación se acercaba y mientras me abrazaba me decía: “Te ayudaré, nunca estarás sola, pero tienes que seguir luchando. A veces, la mente nos domina, nos hace sus prisioneros. Nunca serás libre, si no recuperas tu pasado, porque él, forma parte de tu vida, por duro, por doloroso que sea, tienes que encontrarlo, recordar y superar”.

Al primero que recordé, fue a mi padre !Paciente, generoso, sonriente, te hacía sentir que tú eras la persona más importante del mundo, la emoción me embargaba, ¡nunca creí encontrarlo! Y la esperanza anidó en mí, sabiendo que había iniciado el camino, y en él encontraría a todos. Así sucedió. Recordé a mis hermanos, sus nombres, sus bromas, sus risas, creo que en alguna ocasión, yo misma me reí con sus ocurrencias. Mi madre, se resistía, ¿por qué, no podía recordarla?

Después de muchas sesiones, una tarde una pequeña mecedora en un rincón llamó mi atención, me dirigí a ella, le di varias vueltas, la miré, la remiré, me senté, empecé a balancearme, y... no sé de qué rincón de la memoria, salió aquella canción. ”Ojos verdes, verdes como la albahaca” Las lágrimas caían rápidas, veloces por mis mejillas, sin poderlas controlar. ¡Allí estaba mi madre! Su ternura, su olor. Volver a hablar, tampoco fue fácil, mi voz era una desconocida para mí, su tono, me resultaba desagradable. ¡Prefería el silencio!

Han pasado muchos años, hasta que he podido recuperar los recuerdos de mi familia, he llorado, con un gran dolor por mis padres, a mis hermanos. Pero he sentido dentro de mí su inmenso amor, el que me hacía especial, como la princesita de los cuentos. Mi corazón, vuelve a Josephine, por ella soy una mujer libre, completa, de pensamiento, de mente.

Ahora, mientras pinto, la sonrisa amplia, franca. Aquella que calentaba el alma.

SIEMPRE ME ACOMPAÑA.